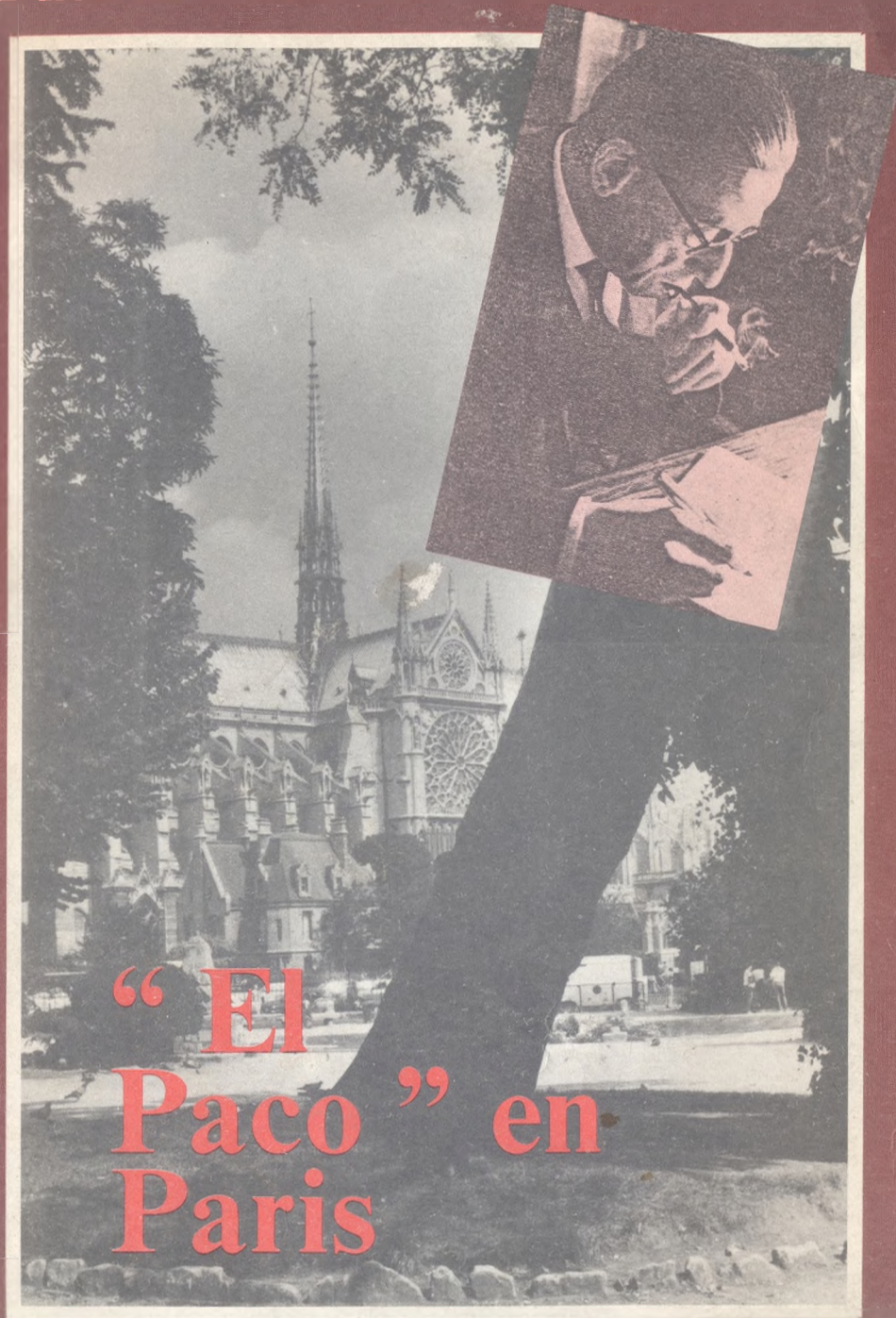
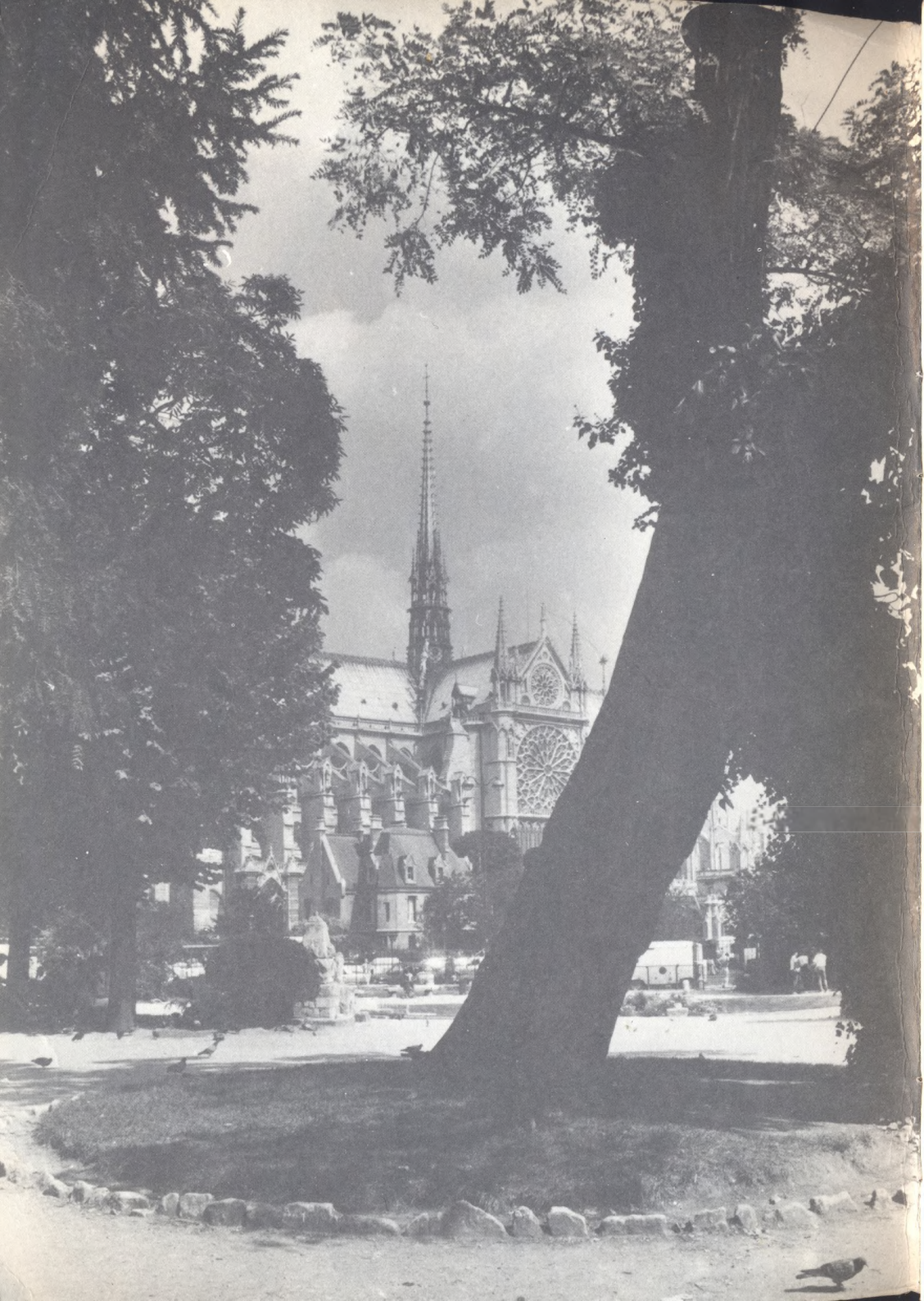


FRANCISCO ESPINOLA



EDICIONES TIEMPO URUGUAYO



U - 705/65

FRANCISCO ESPINOLA

**“ El
Paco ” en
Paris**

EDICIONES TIEMPO URUGUAYO
TRABAJOS DEL EXILIO

Fotos : Eduardo Collins
Tapa y diagramación : Carlos Wuhl
Fotocomposición : S.O.I.P. Orléans



PROLOGO

En el momento de escribir este prólogo se cumplen once años de la muerte de Francisco Espínola, ocurrida el 27 de junio de 1973, día del golpe de Estado en Uruguay. El casi completo silencio que rodeó su producción en los primeros años de dictadura, fruto de la política cultural imperante, se rompe al cumplirse los diez años de su muerte. En esa ocasión se le tributaron diversos homenajes entre los que hay que destacar el llevado a cabo por la Casa del Autor Nacional.

La personalidad de Espinola fue múltiple y no podemos circunscribirla sólo a su condición de escritor. También fue docente, en el más amplio sentido de la palabra : docente en Enseñanza Secundaria, Universidad e Institutos Normales ; docente, además, a través de audiciones de radio y televisión acercando al público los grandes clásicos de la literatura universal. Otro de los rasgos primordiales de este escritor es de haber sido uno de los mejores narradores orales de nuestro país, manteniendo viva la tradición de los cuentistas criollos que, al lado de los fogones, repetían y reinventaban viejas historias. Todo ello nos da de este autor la imagen del « escritor institución » o « escritor nacional » como lo señala Martínez Moreno ⁽¹⁾.

No fue un político profesional pero siempre estuvo inmerso en la política. Por tradición familiar casi toda su vida perteneció al Partido Blanco ; su padre fue un caudillo blanco y blancas fueron las canciones que lo acunaron en la infancia ⁽²⁾.

En los últimos años de su vida adhiere al Partido Comunista, con el que ya había compartido innumerables luchas populares ⁽³⁾. Esta nueva afiliación no le hace perder ni abandonar su filiación blanca ; doble filiación de sus últimos años que ya aparecía como conflicto en sus primeras obras ⁽⁴⁾.

Una colección de dieciseis cuentos, un relato para niños, una novela, un ensayo de estética en forma de teatro y un drama pantomima, son las obras que Espínola publicó durante su vida. Este año, gracias a los esfuerzos de reconstrucción llevados a cabo por Arturo Sergio Visca, apareció el primer tomo de « Don Juan el Zorro », novela que había quedado inconclusa.

Entre su producción se deben también contar numerosos artículos que, con temas diversos, publicó en la prensa de Buenos Aires y de Montevideo : artículos de crítica, cuentos, crónicas de viaje, etc. que, dada la calidad de su prosa, sería necesario ir recopilando poco a poco.

Esta publicación está situada precisamente en esa perspectiva : la de acercar a los lectores actuales uno de los mejores narradores que el Uruguay ha dado a las letras latinoamericanas a través de páginas dispersas que de otro modo quedarían en el olvido o reservadas a los investigadores.

El « corpus » que se ha elegido es un conjunto de siete artículos aparecidos en el diario « El País », entre el 25 de julio y el 8 de setiembre de 1959, que llevan como título « Por los viejos templos ». Ellos forman parte de una colección más vasta que Espínola tituló « Emociones de París », que fueron escritos durante su segundo viaje a Europa efectuado desde fines de 1958 hasta mediados de 1959, cuya finalidad era describir el reencuentro en París con sus « amigos humanos » y con sus « amigos cosas »⁽⁵⁾. El sentido de esta última expresión se explicita en un artículo de la serie « Emociones de París » en el que leemos :

«Amigos, pero amigos de esos comprometedores de mi alma como mi alma exige de ellos, ante cuya comunión la idea especulativa de eternidad se hace, por lo menos durante instantes, como el sentimiento, hasta como la sensación de eternidad, he hallado muchos, muchísimos. Se sabe que soy de las personas que en el Uruguay con más amigos cuenta. Pero lo que no se conocía, recién lo revelo, es que tengo amigos cosas : íntimos amigos en el mundo, aparentemente mudo, de lo para la razón razonable, inanimado.»⁽⁶⁾

A las pocas horas de estar en París Paco siente la necesidad del reencuentro con « algunas personas y no personas »⁽⁷⁾. La cultura y el arte, la historia de América y de Europa, transitan codo a codo en la larga enumeración : el busto de una princesa egipcia — presencia que lo acompañaba sobre su escritorio deste hacía treinta años — y una esquila de María Antonieta, un retrato de Rafael y la Santa Clothilde de Notre Dame, la loca aventura de las tres carabelas y el camino que Dante seguía para orar⁽⁸⁾.

Su cultura universalista va a estar presente a lo largo de toda esta serie de artículos dirigidos a acercarnos sus « amigos cosas », pero ni por eso lo humano va a estar ausente. Transcribimos una pequeña anécdota relatada por Paco en su primera colaboración enviada desde París.

« La primera noche en París comencé a orientarme. Tantos amigos ! Por quién empezar ? Me acompañaba el Dr Gross Espiell. El Sena parecía dormir. Sería la medianoche. Yo ansiaba mostrarle St-Julien le Pauvre, la más humilde y, con Notre-Dame, la más anciana de mis amigas francesas. También el siglo XII la vio surgir sobre sus piedras en un París que se atravesaba en veinte minutos. Nos deslizábamos por callejuelas desvane-

cidas en un fulgor lunar bajo la luz del gaz cuando, de pronto, nos cierra el paso un «*clochard*», un bichicome. Era alto, de unos cincuenta años. Vestía andrajos. No era sombrero lo que a medias cubría sus greñas sino un paño grueso, con agujeros. Calzaba una especie de botas; de botas heridas por delante para mostrar desnuda la piel del empeine. Con aquel fondo de mansiones como objetivo yo lo había visto tambalear un poco al avanzar. Y eso que diestramente, abría bastante las piernas. El extraño personaje, dije, nos detuvo. Como si hubiese sabido que el D^r Gross no fuma, me pidió a mí un cigarrillo. Yo le ofrecí varios «Montevideo Extra», por cierto mucho mejores que los «*Gauloises*» de aquí. Y agregué una moneda de 50 francos. El guardó todo en uno de sus bolsillos, con gran dignidad, tomó un «Montevideo», me pidió fuego... Sus labios entrabiertos desprendieron una bocanada. Cierta aire de sorpresa iluminó el rostro barbudo del buen conodador. Buen conodador, sí, como que a diario gusta colillas de cuanta clase de tabaco fuma la gente que transita por París. Volvió a aspirar. Entonces, entonces se descubrió para exclamar con sincera solemnidad:

— Señor, mi país es mío... ! y de usted !

Con el mismo aire me descubrí, a mi vez, recibiendo en el carazón la inesperada ofrenda de esta Francia que tanto amo. El «*clochard*» hizo una estudiada inclinación de cabeza y acentuó la apartura de sus piernas para alejarse con decoro. Yo me quedé absorto mirando cómo se desvanecía hacia su puente del río, entre la niebla vaga. Luego, conmovido extrañamente, pues a veces soy algo supersticioso, tomé del brazo al D^r Gross, que no salía de su parpadeo, para decirle:

— Doctor, me parece que esto es un augurio. Entro a París con buen pie. Siento que voy a encontrar leales, firmes, como si el tiempo se hubiese detenido: es decir, amistosos, a todos aquellos para quienes yo me mantuve firme y leal en mi adhesión, allá desde tan lejos y durante diez años » ⁽⁹⁾.

En este primer encuentro parisino está todo Espínola, el hombre y el escritor. Acompañado de un amigo al que ansiaba mostrarle las dos catedrales más viejas de París — y entre las que destaca no a la más famosa, a la más importante, Notre-Dame de París, sino a St-Julien, por ser la más humilde — sus pasos lo conducen al encuentro de un «*clochard*», quien como los personajes de los «*bistrots*» evocados en una publicación posterior sentía «*le cœur de la France battre sous ses pauvres habits*» ⁽¹⁰⁾. El Sena, apenas mencionado y las callejuelas por las que transitaban ambos, cargadas de historia ⁽¹¹⁾, se desvanecen; sólo van a servir de marco a la aparición vacilante del bichicome. Este, representante de un «*cuarto mundo*», excluido de la vida social, más bajo aún que los del «*Bajo*», cobra en la narración la dignidad que existe, para Espínola, en todo ser humano. Podríamos señalar personajes de «*Sombras sobre la tierra*» y de algunos de sus cuentos para apoyar lo que decimos; nos limitaremos a repetir algunas de las palabras pronunciadas en el discurso de San José. Hablando de la casa paterna dice:

« Y en su casa yo senti lo que es quererse los hombres y lo que es sentirse ignales. Mi casa, la mayoría de ustedes lo sabe muy bien, estuvo siempre poblada por la gente más heterogénea. Mis ojos se abrieron contemplando en ella indios, pardos, negros y, moralmente, apreciando todos los grados de la condición humana, desde las escalas más altas hasta las más bajas. Y yo vi allí que ninguno valía más que otro sino por el cariño que despertaba; de manera que, allí la justicia distributiva o estaba librada a Dios, si es que hay Dios, en otro numdo, o no estaba librada a nada; y se dejaba allí que el corazón, con inocencia, eligiera solo, por su cuenta a quién querer más »⁽¹²⁾.

El encuentro augural del « **clochard** », el fantasmático saludo entre la niebla vaga a través del cual se ofrenda un país y el desvanecimiento de esta singular figura, intentando marchar « con decoro », obedecen a la misma elección estética que encontramos en « Sombras sobre la tierra »⁽¹³⁾. No es casual tampoco que el último artículo de la serie « Por los viejos templos » se cierre con la figura familiar de un « **clochard** » cruzando el Sena.

Espínola, al igual que el « **clochard** » que tiene « su » puente del río, tendrá « su barrio »; el Barrio Latino, más precisamente desde la **rue Cujas** y el **Boulevard Saint-Michel** hacia el Sena... « que anda como un perrito manso por toda la ciudad... que entre vueltas y revueltas se desliza treinta kilómetros dentro de la ciudad. Y en el fondo obscuro, muy obscuro, más que en el Uruguay, en la noche se recortan ágilmente en fuga barquitos poblados de pequeños focos que llevan gente de paseo por todos los barrios »⁽¹⁴⁾.

La misión inicial que lo llevó a París — representar a Uruguay en la Unesco en el momento en que se trataba el problema de las Filipinas — fue realizada con éxito y el discurso que pronunció con ese motivo tuvo una excelente acogida. Sus otros planes: recorrer Grecia, Israel, España, «... hacer el camino de Don Quijote. Después de andar por donde anduvo Jesús, es hermoso y muy humano querer ver aquellos sitios que Cervantes soñó recorridos por su criatura. (En Grecia, asimismo trataré de ir a la isla donde Homero hizo reinar a Odiseo, y en los Pirineos, aquel donde se realizó la batalla en que murió Roland, el de la canción)⁽¹⁵⁾ » se vieron contrariados por problemas de salud. Permanece en París durante aproximadamente nueve meses «... entre sus museos, sus templos, sus antiquísimas calles, su gente tan delicada y cortés, aunque pertenezca a la más baja clase social; en esta atmósfera en que nadie perturba en lo más mínimo a nadie, en que nadie habla en voz alta, ni en un cabaret, en que no es posible pasar por una puerta vaivén sin mirar hacia atrás para no soltarla si alguien viene cerca »⁽¹⁶⁾. En sus visitas Espínola privilegiará los templos, «... verdaderas maravillas del arte, asimismo probladas de arte maravilloso, donde hay que mirar puerta por puerta, sector por sector de pared: un banco, una cornisa, la base de una columna, comprendiendo que para cada cosa una hora de contemplación no basta, imagínese lo que serán funcionando no ya como museo sino específicamente para lo que fueron levantados: para el fervor humano más viejo, seguramente más equivocado y, sin duda, el más conmovedor y el más puro de los fervores del hombre »⁽¹⁷⁾; y esta serie de siete artículos es el fruto de ellas.

Esta publicación de los artículos de Paco escritos en París, es hoy promovida por un conjunto de uruguayos exilados en la misma ciudad. Ella podría adquirir así una doble significación : la primera, la de que aquellos que hoy se encuentran obligadamente alejados del país, necesariamente acuden a los valores de la cultura uruguaya, que así prosiguen siendo cercanos y familiares ; y la segunda, la que apunta a señalar el tiempo y el lugar del exilio, no como un objeto de hostilidad injustificada, sino como la ocasión de redescubrir las riquezas universales de las culturas y de los hombres, como las que Espínola recupera en « su » París de los viejos templos, y en el París de « sus » « clochards ».

Assia Viera-Gómez





CAPITULO I

Al Dr Abelardo Saénz con mi gratitud.

He llegado a conocer bastante estos verdaderos museos que son la mayoría de los templos de París.

Antes de ir, leo sobre ellos. Al regreso, asistido por el reciente contacto vuelvo a leer. Y torno al sitio para observar otra vez, despacio, sin ser perturbado, mientras tanto, por cosa alguna, obligando a que mi capacidad se extenúe sobre sus secretos. Días y días en su silencio, con ese algo de tensa expectación que al instante nos agudiza la sensibilidad a la luz irreal, descendida de los vitrales, me doy, horas seguidas, texto en mano, al goce y a la lección de escudriñar tanta maravilla hasta donde alcanzan los ojos. Sector por sector de portal, de capilla, una balustrada, un facistor, los zócalos, los capiteles, un lampadario : un primor en las maderas y en los herrajes. Y con un mayor compromiso del alma, voy penetrando en la multitud de estatuas, de pinturas, de retablos, de bajorrelieves, ante la custodia imponente de las columnas que la gracia de las ojivas dulcifica como sonrisa en un rostro austero.

Sacados de su mutismo originario por la aplicación del genio y por el denuesto de la voluntad, allí roca, mármol, madera, marfil, hierro, metales preciosos, vuélvense elementos para, juntos, hacer escuchar a los hombres las palabras más altas y más puras que una esperanza haya podido esperar. Es que nunca mayor amor y más tremenda fe que los de aquellos siglos. Ni más calido rescoldo de bondad, asimismo, en el seno de un mundo en tantos sentidos bárbaro y cruel : delicadísima ternura colectiva que va acentuando su exteriorización hasta la culminación del gótico y del culto a María Mediatrix, y que aún a la férrea « *Chanson de Roland* » perfumaba.

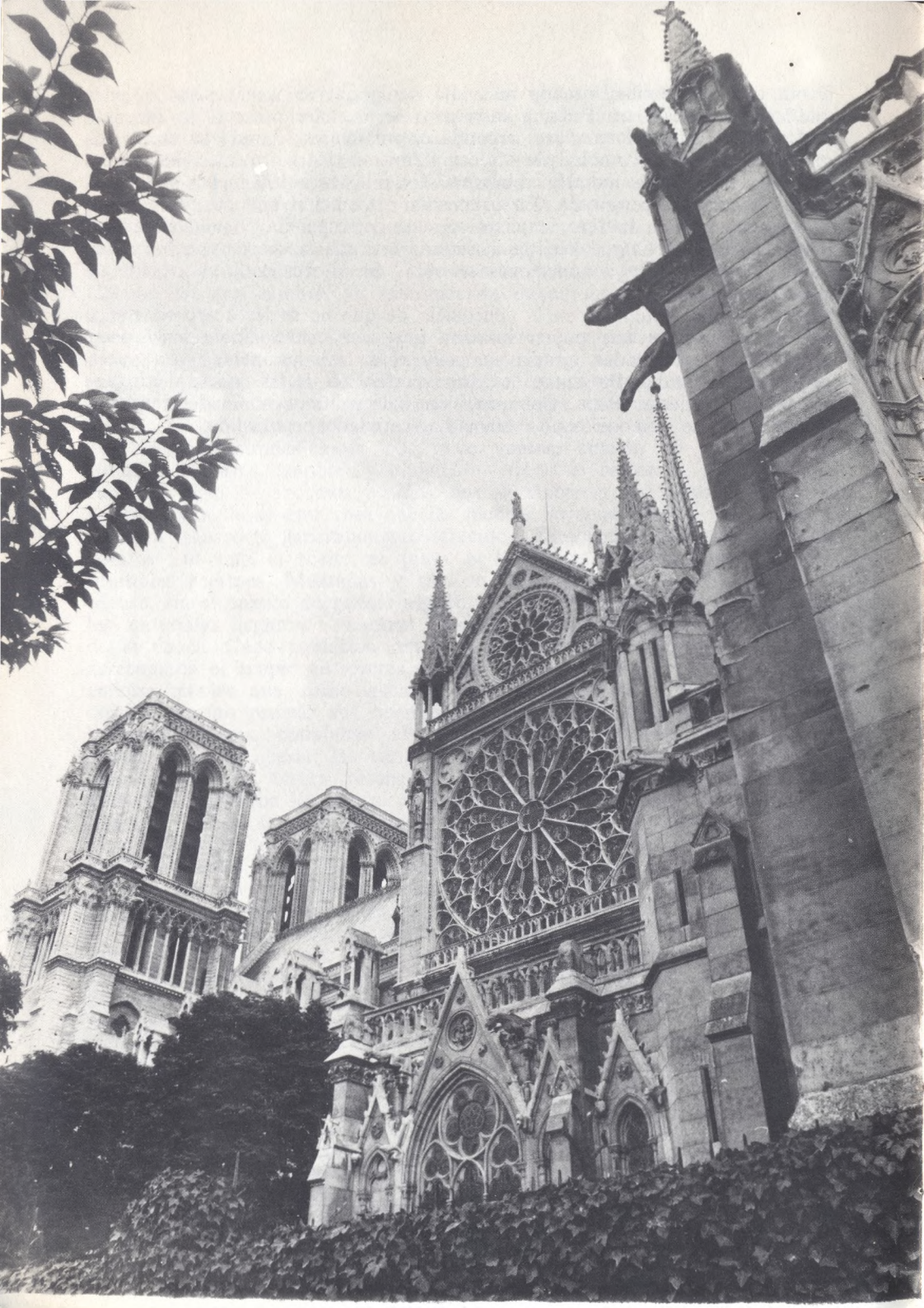
Conviviendo con la obra, los artesanos instalaban sus familias al pie de sus cimientos.

Igualmente a su sombra se acogían las mujeres encargadas de tejer con hilos de oro las telas a utilizar en la decoración y en los oficios ; de bordarles perlas y pedrería hasta dejarlas iluminadas con su propia luz. A veces, las inmensas columnas sus capiteles y basamentos tallábanse en la cantera misma. Se conducían, junto con los bloques en bruto, sobre carretas hechas exprofeso, arrastradas hasta por trece yuntas, cuando no era la gente, nobles y plebeyos, hombres y mujeres — *fières et belles* — dicese en una carta de 1145 — ancianos y niños, que se ataban a los yugos. Y si no es que debieran llevar otra cosa que las piedras de construcción, casi siempre, como el transporte generosamente ofrecidos. También la subsistencia de los obreros : el vino, el aceite, el queso, el trigo. Las distancias, en ocasiones, resultaba enormes. Montañas y ríos se interponían «... se hizo pasar el Meuse, sin el auxilio de puente alguno, por medio de cuerdas... » «... y así, los materiales llegaron a nosotros al son de cánticos » léese en una crónica de la época. Cada población renovaba enternecida el elemento humano y acrecentaba el acopio de víveres ». A la cabeza del largo cortejo — hállese en otra crónica que, como las anteriores, menciona Funck Brentano — los músicos hacían resonar sus bocinas de cobre, y los estandartes santos de brillantes colores, ondulaban al viento. « Cuando se llegó cerca de los cimientos de la iglesia, las carretas fueron dispuestas a su alrededor. Del crepúsculo a la aurora resonaban los cánticos. El rojo fulgor de las antorchas iluminaba los carros. Y esa noche muchos milagros se produjeron. Ninguno de los templos de París tiene diez mil personajes esculpidos o pintados como la catedral de Chartres. Pero no sólo la representación humana interesa en el arte : ni siquiera la representación de cosa alguna — Lo que hay en estos recintos sagrados para la fe y sagrados para otra necesidad profunda que no es, o parece no ser, de naturaleza religiosa, o lo es oscuramente, requiere meses de contacto, so pena de no retener a cada cual como un todo viviente. Porque hasta su frecuente superposición de estilos no se aprecia sino en la percepción unitaria. Entran por los ojos verdaderos acordes de festones, de bajorrelieves, de frisos que acuden a vincularse en el espíritu, con columnas, con molduras, con esos inolvidables medallones ejecutados tan dulcemente como las miniaturas de los « Libros de las Horas » e igualmente maravillosos en su gris lleno de tonalidades imposibles, tal vez, de repetir para un pintor. Y es sobre su compleja orquestación que las grandes estatuas, las grandes telas, los frescos han de dominar semejantes a otras tantas frases de una melodía suprema.

Parece que hubiese existido la codicia de no dejar espacio libre sin cubrir y, asimismo, sin relacionar armoniosamente con el resto al que queda libre, lo que obliga a una atención siempre en guardia. En Notre Dame, por ejemplo, así se cumple adentro, hasta 20 o 30 metros, en el exterior, hasta los 69 metros de altura y en un largo de 110.

Tanta cosa tan arriba, situada más allá de lo que la visual permite, para qué?... Cómo, aquí, en París, a cada paso se me hace presente la anécdota real o la leyenda, o lo que sea, repetida en mis clases, cuando en el análisis se me efrece la oportunidad de ofrecer al mismo tiempo un aleccionamiento técnico y un ejemplo moral! Trabajaban dos tallistas a 100 metros del suelo, en la catedral ya levantada. En primorosa delectación uno de ellos apenas si retocaba todavía la flor de piedra que le correspondía cuando el otro lo urge a descender. Claro! Vueltos al suelo y retirada la cuerda que los subió, quién habría de ver ya nunca más su obra! Sí, — responde el apelado — pero la ve Dios!

Aquellas cosas esculpidas en la conciencia de que no se les acercaría nunca más la mirada de una pupila humana hoy, por cierto, desde hace poco, pueden ser observadas, gracias a poligrafías trabajosamente y, a veces, con peligro tomadas. Presentan la misma perfección de las que se distinguen sin dificultad desde abajo. Con precisiones de milímetros. Evidenciando en la delicadeza de su modelo que el cincel ha acariciado, no mordido.





CAPITULO II

Al trasponer los pórticos, decía, es una sinfonía gigantesca lo que nos domina. Es una sinfonía, pero también un libro, un libro aleccionador. En el siglo XI, en el sínodo de Arras, se reconoció lo que cada vez fue más cumplido por los arquitectos medievales a medida que el gótico se desarrollaba. « Las almas simples y las iletradas hallan en la iglesia aquello que no pueden conocer por la escritura : lo ven por las líneas del dibujo ».

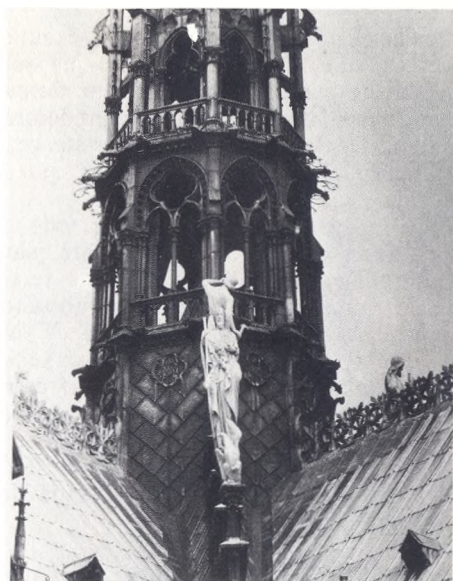
Todo, todo allí : el mundo natural y el sobrenatural ; el que ven los ojos y el que suena el corazón o sólo se hace ver por él. La humanidad entera con sus profetas, sus reyes, sus santos, sus héroes, y el modesto hombre del burgo y el campesino. Con la representación de las Virtudes y de los Vicios. Los combates y el trabajo humildísimo, la oración en el seno de la familia, el descanso : el sueño del lecho y el sueño del sepulcro. Y la fauna y la flora. Y los monstruos de la imaginación. Y las aguas y el cielo. Con los arrobos, la mueca dolorosa, la risa, el llanto.

Dominando el conjunto, como signo de la gran preocupación medieval, para que «avive el seso y despierte», la insistencia en la idea del Tiempo inexorable y de la fugacidad humana, no solo presentándose en las faenas características de los meses del año sino bien evidente en la planta con sus yemas, en un bosque, ofrecidos ya sus frutos a la mano que quiera hacerlos suyos, en aquel abrirse hacia arriba de ramas desnudas, hechas ya nervaduras que se hubiesen quedado sin su ojiva.

En ocasiones, la insinuación es más sutil. Queda a cargo del follaje, al primer parecer situado apenas como adorno de una superficie vacía. Hojas, no ya las clásicas griegas sino las que esta Francia nos enseña en sus jardines y en sus campiñas trabajadas con el mismo cariñoso esmero que la piedra de sus catedrales. A veces, ellas se ostentan en la gracia primaveral; otras, casi ya en el instante de desprenderse, al fin como papeles arrugados, de caer al viento, a punto ya de semejarse a nosotros.

Y más aún. Desde bajorrelieves grandes y minúsculos donde la roca parece haber adquirido la docilidad de la cera, ciudades amuralladas de detalles encantadores, salas fastuosas, chozas apenas con lo imprescindible para defender el cansado cerrar de los párpados. Y Jesús bajo las miradas idénticas de María y de José, del asno y del buey y de los ángeles, como salidas todas de las mismas pupilas. Jesús en brazos de su madre. En ocasiones ésta como grave matrona romana o, ya al despertar el gótico, sosteniendo al Niño en las caderas, y ella con la misma estupefacción inocente del día de la Anunciación, Jesús deteniendo a los fáciles apedreadores. Jesús «triste hasta la muerte», Jesús en brazos de su cruz. Y desde todos los puntos, arriba, abajo, a los costados, la abstracción matemático, lo intemporal, lo eterno liga con supremo imperio, enmarca desde la piedra gris, de un gris de acero, por momentos, o dulcemente emblanquecido o negro, casi, con aspereza de pomez, a veces, brillante, otras hasta creérsele vidrio.

Y de los más supremamente ejecutado, precisamente que es casi siempre lo más antigua, ni un autor conocido. Nadie ha firmado nada, trabajaban en la más imponente compañía, a solas con Dios y con la piedra, en la soledad respecto de los demás seres asimismo más imponente que se pueda concebir. Bastándole que su dios los viera, desdeñosos de esa especie de inmortalidad terrena que la fama concede. Aquí Gogol no se hubiese visto impulsado a arrojar al fuego como lo hizo en un momento de espantosa humildad los originales de sus «Almas muertas», milagrosamente salvados por el criado de Tolstoi. A la gloria del Creador, no del creador, ha nacido la mayoría de las cosas con que de continuo me extasio.



CAPITULO III

Yo he andado horas y horas, dije, igual a un duende intruso, deteniéndome largos ratos, cual si llevase el alma en brazos delante de mí y haciendo conciencia de sus emociones, de sus delirios, de sus éxtasis estéticos. Y asimismo alguna, alguna vez, tomado por ese olímpico anhelo que suele, creo, sobrevenir a todo ser, para desaparecer en seguida de la memoria como cruza por las pupilas el relámpago : esa sobrehumana ansia, fugaz por irresistible, de espiritualizarse uno hasta en los huesos y de desvanecerse hecho nota musical que buscara recobrase enhebrada a un acorde infinito.

Hay oportunidades en que estoy solo bajo las bóvedas inmensas. En las naves mismas busco algún sitio donde descansar, o me apoyo en un zócalo defendido por la sombra o voy a acogerme a alguna de las capillas, como abiertos cofres repletos de joyas e incitando la atención desfallecida. Entonces me va posesionando una serenidad, una paz de las de cerrar los ojos al sentir que se me acuna el ser bajo la paulatina atenuación de los

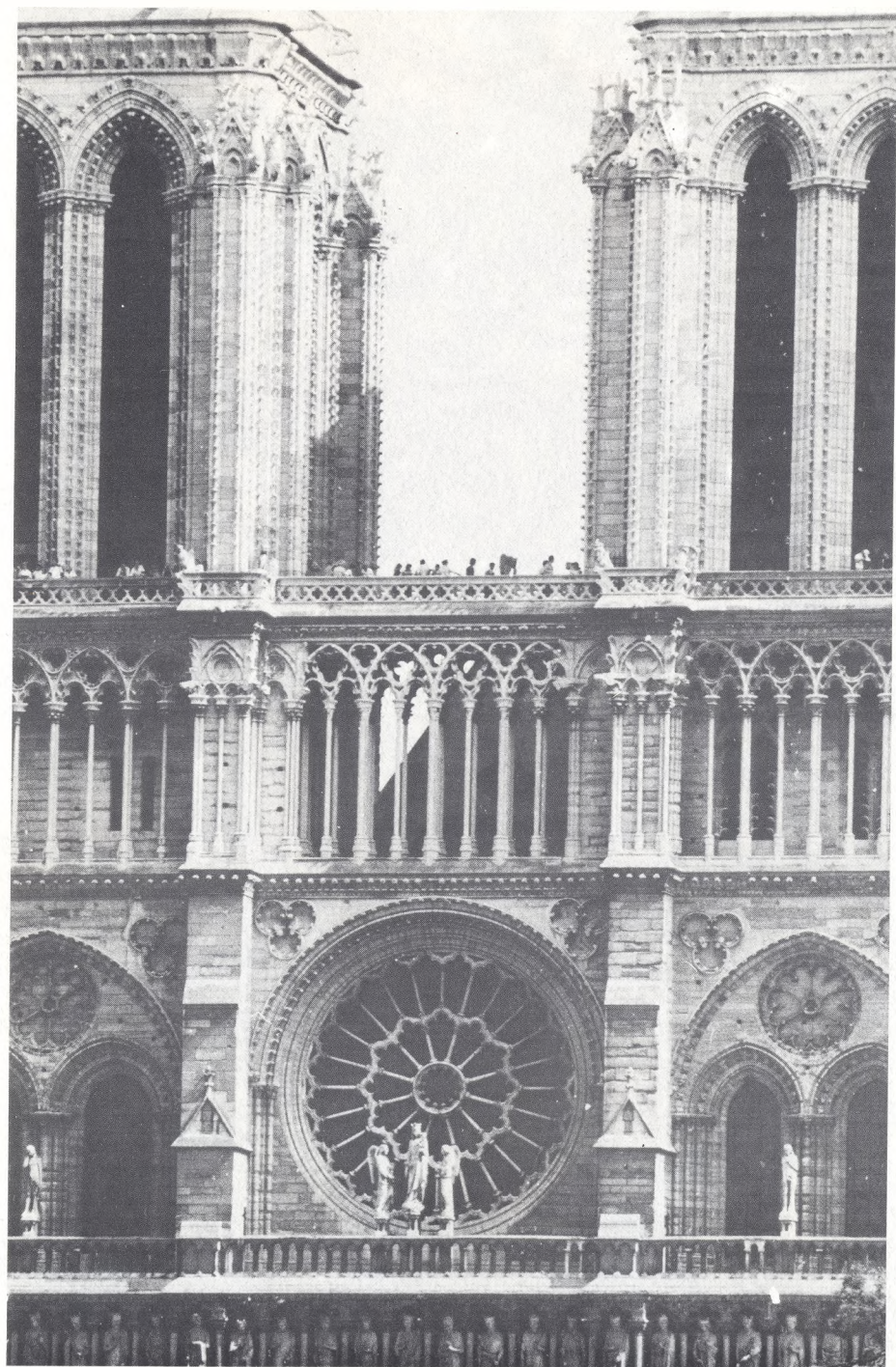
raptos de que fuera presa. Tal exactamente, un agua quieta, estremecida de pronto, que pierde a medida que se le ensanchan el relieve de sus ondas recién despertadas, para quedar después en una vibración de reflejos. Hasta que la voluntad recupera su predominio. Entonces con firmeza ella consigue que el espíritu se recobre a su vez. Y logra fijarle para siempre en el recuerdo el universo de formas que acaba de subyugarlo anegándolo hasta la raíz.

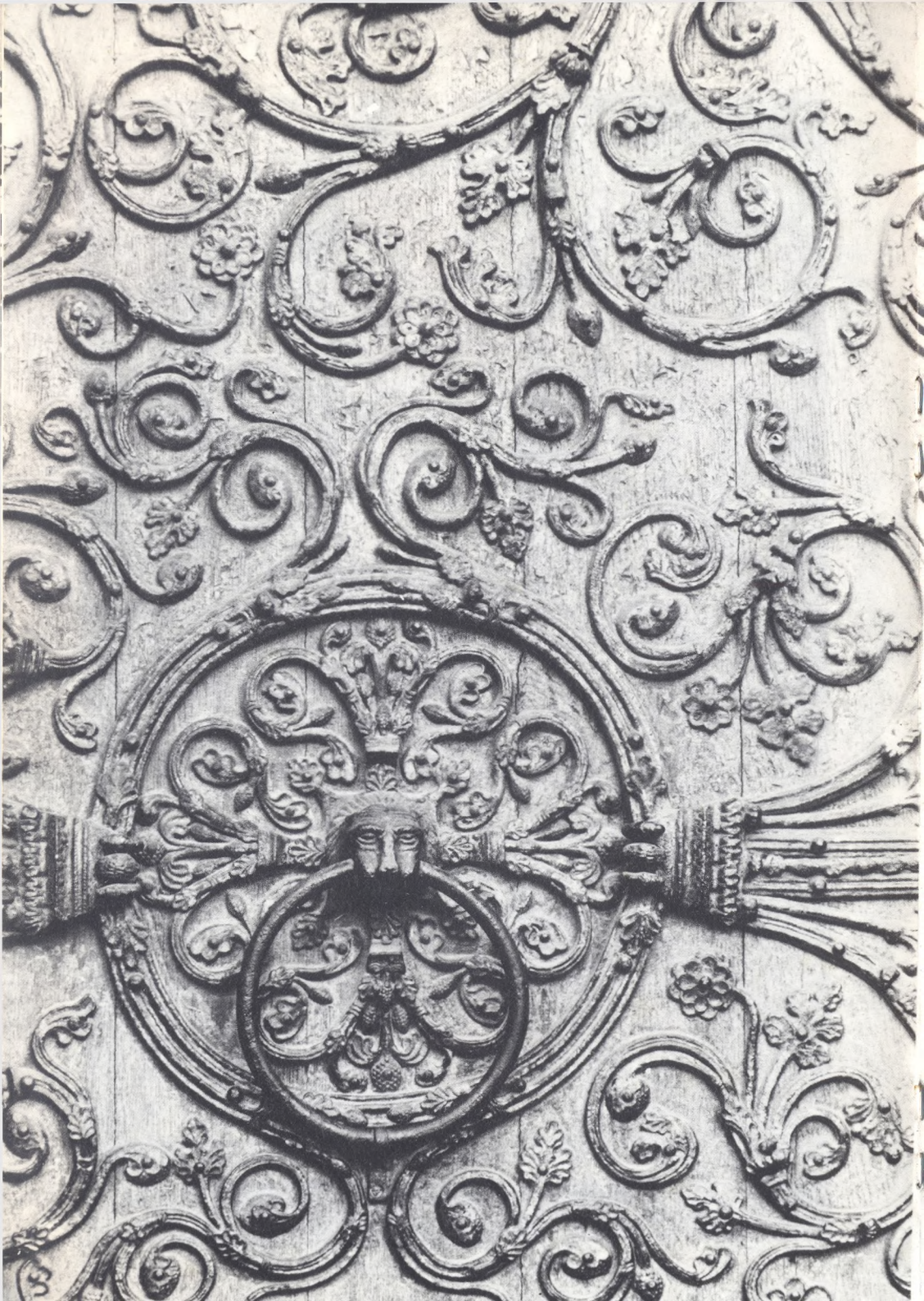
Pero yo quería apreciar, sobre todo a Notre-Dame, no ya sólo como museo sino funcionando específicamente, siendo realmente aquello para lo que se levantó hace 700 años : para el fervor, para la insatisfecha sed de justicia y de amor, para la ofrenda absoluta desde la absoluta conciencia de la debilidad y pequeñez humana. Y me ha sido dado asistir a oficios que cobran una sugestión inaudita si se les atiende con gravedad. Porque en el marco maravilloso de la catedral cada acto, entonces, es realmente una voz que clama, ruega, alecciona, señala. Es el Misterio. Pero misterio no significa enigma. Grande o pequeño, él pertenece a otra categoría. De él surge siempre algo trascendental. Es lo inefable en su desnuda manifestación. Y el ritual, una esencializada depuración de su lenguaje. Se cumple la liturgia como quien recita.

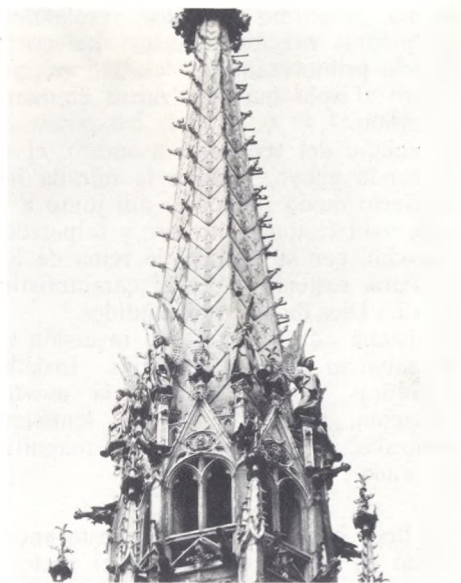
El padre Menetier, leí una vez, afirmaba que «los ángeles se comunican entre ellos con pasos y movimientos de danza». Es preciso escuchar también con los ojos, sí, particípease o no de lo que dice, cuando se entra a estos recintos — en que no existe un espacio donde no se hayan empecinado juntos el fervor religioso y el genio artístico — y se les sorprende entregándose a su Dios. Además de lo que explícitamente nos llega, de qué se habla allí con «pasos y movimientos»? No hay labios capaces de repetirlo. Mas el alma lo sabe. Después, en el fondo de la intimidad ello se reconoce como verdad o se rechaza. Pero ya no se olvida la voz de un espíritu llegando. Porque o es cierto lo que se dice o es solo producto de un sueño cegador. Porque o hubo revelación o hay nada menos que un terrible drama. Y nos queda como belleza trágica a unos lo que para otros tiene la naturalidad de lo sobrenatural. Ni un paso, ni un ademán que no sea reglado ; que no obedezca a una lucidísima intención, y que de ésta no sea su expresión fiel.

Presiéntese que en el instante se están repitiendo hasta a miles de leguas rodeados de más o menos pompa, de más o menos esplendor. Pero aquí en París, yo he presenciado esa devoción con altos dignatarios de la Iglesia de Francia, con grandes orquestas, con coros magníficos, con órganos dominados por virtuosos, a la luz que se acerca a las pupilas luego de domarse a través de vitrales ilustres, algunos como en siglos posteriores, ya, nunca se consiguió hacer. Y he sentido imantárseme el alma, si no de religiosidad, sí de una emoción estética jamás experimentada con semejante intensidad. Porque llega de la contemplación de los actos litúrgicos y de la de una arquitectura, de una escultura, de una pintura casi siempre supremas, a través asimismo, de Bach, de Palestrina ...

Hasta el *Ave Maria de Gounod* — como paloma entre águilas — que yo tocaba cuando niño, y que los domingos solía hacer oír — mi profesor en el armonio —, en la Iglesia de San José, hasta ella se me apareció de pronto, cierta vez, en *Notre-Dame*, y me llevó, con conciencia al mismo tiempo de París y del instante, a aquellos leganos días. Cuando me asomaba con estupor a la cruel complejidad del mundo, y en mi ser Dios y Belleza eran un solo haz de insospechadas posibilidades de distinción radical.







CAPITULO IV

Esa tarde, cubierto de púrpura y de armino, rodeado de obispos esplendurosos, como capillas que se movieran, oficiaba el propio cardenal de Francia. Acompañándolo religiosos vestidos de violeta de blanco, de un delicadísimo verde — amarillo de limón, recamados algunos, también, de oro y pedrería. Los vi cruzar a tres metros de distancia en determinado momento, pues desfilaron por el deambulatorio. Adelante, abriendo la marcha, con casaca del siglo XVIII y bicornio de galones de plata, un seglar, el Suizo, Empuñaba grueso baston más alto que él; castigaba el suelo, rítmico, enérgicamente. Seguían monaguillos y numerosos clérigos en un orden creciente de jerarquías. Detrás diez o doce hombres, que se advertía vestían frac al entreabrirse el armino de las amplias capas hasta el tobillo. Luego cuatro mujeres con mantos de terciopelo negro forrados de armino. En el hombro izquierdo, ellos tenían una gran cruz de Malta, de color rojo; ellas morado. Eran caballeros de Malta y Damas del Santo Sepulcro. El

último, el último de todos, resplandeciendo a la luz de los cirios el oro y las piedras preciosas de su alta mitra y de su pectoral de raso, un gran cayado primorosamente labrado en la diestra, el Príncipe de la Iglesia, con cuatro obispos que le alzaban el manto y se lo sostenían rígido en toda su extensión.

En medio del recóndito asombro, el alma en vilo, mis ojos, a veces, como buscando apoyo, tendían la mirada hacia un punto en cierto modo aparte, en cierto modo solitario : allí junto a una columna, al resguardo de pequeño palio azul festonado de oro y salpicado de flores de lis, apenas alta de metro y medio, con su corona de reina de los cielos y de Francia, Nuestra Señora de París sostenía sobre el característico desplazamiento gótico de la cadera al Niño Dios de ojos tan cándidos.

Avanzaba aquel cortejo en inversión tras los golpes isócronos del Suizo que retumbaban en las bóvedas. Invisibles los pies del cardenal bajo las vestiduras, no se le advertía movimiento alguno al caminar. Daba la sensación, pues, de ser en lentísimo vuelo a ras del pavimento, que avanzaba, o que una góndola magnífica era impulsada desde las orillas de un cauce.

Así llegó hasta el trono dispuesto ante el altar. Con apenas leve movimiento, quedó en él. Se empujó el suelo hasta varios metros. En el Coro filas de asientos a derecha e izquierda fueron ocupadas por el séquito. Pero las cuatro damas, no. Prohibido á la mujer hollar el Coro, cayeron de rodillas ante reclinatorios dispuestos expreso a ambos lados del altar...

De inmediato aquella majestuosa figura inmóvil rotunda como si por sí misma se hubiese destinado a quedar allí para siempre, centro de la catedral entera. Y con el mismo imperio irrecusable que el de la Virgen del Portal de Santa Ana, en la fachada, tan distinta de la que ahora yo miraba furtivamente cuando me concedía alce la imposición voluntariosa. Porque aquella, la más antigua de la iglesia, es romántica todavía. Y la figura de carne y hueso que yo veía a la luz ya debilitándose de los vitrales, era expresión de una energía viril, de una voluntad de acero : era Roma.

No lo manifestaba, por cierto el aspecto del rostro. Este traducía la placidez grave de un anciano. No, era precisamente toda aquella firme línea trazada por el entorno de los ropajes la que imponía que el Cardenal no fuese ya un hombre sino un emblema encarnado.

De pronto en el silencio absoluto que se hizo, un coro en la nave central, frente al altar, y otro invisible, situado arriba, quién sabe dónde, volcaron un torrente de belleza que se fundió con el raudal del órgano y de la orquesta. Todo aquello en que recientemente, esa misma tarde, había posado con intensidad los ojos ; todo lo que en largas horas de recogidos días mi corazón fue recibiendo en *Notre-Dame*, se me hizo presente, como notas que acudiesen a integrar los gigantescos acordes de las voces humanas y de los instrumentos. Mis aisladas experiencias anteriores volvían a subyugarme, ahora juntas, en armonía perfecta con lo que me estaba embargando, mientras el atardecer asordina la luz antes de hacerla atravesar los vitrales para su desintegración en esos azules, en esos rojos, en esos verdes de pureza única. Se habían tornado apagados, levisimos, ahora, sin perder la nitidez, sin embargo. Parecía que llegaba de ellos apenas su hálito. Verlos era como recordarlos. Igual a la evocación de la flor cuando sólo se tiene su perfume.

Nunca había experimentado yo una acumulación de belleza tan semejante, dirigida desde todas las artes a la vez sobre el seno mismo de mi alma. Y entonces se me apareció, como con letras de fuego lo que tantas veces he debido preguntarme : Dios sólo es un sueño del hombre o es el arte un sueño divino ?





CAPITULO V

Después del mediodía, a veces en las noches en que no hay frío, suelo cruzar sinuoso dédalo de calles que tienen siglos. Me embargo entonces en penetrante sensación de la Edad Media y de principios del Renacimiento. Pero no como la que se recibe en los museos sino en el intenso poder de sugestión. Porque el mismo suelo que estoy pisando, bajo el desnudo cielo siempre gris, recibiendo el aire que respiro, mojados ellos y yo por la misma lluvia, como flotando a veces todos en los mismos jirones de la niebla; porque me es dado penetrar su interioridad, inquirir en sus cours, buscar lo que es bello o de característico me dicen los libros que aún retienen, porque me es dado asomarme a sus delgadas escaleras, abiertas en el seno de la piedra y cuyos peldaños, que recién van surgiendo de lo oscuro, presentan ya filos de cuchillas por el hollar de las generaciones. Y sobre todo, porque, a ciertas horas, sus puertas y sus ventanas me hacen percibir allí el aliento de la vida, insistente como hace siglos.

Lo primero que encuentro es, a mi izquierda, la Abadía de Clouny, 600 años ya sobre las ruinas de un palacio romano de hace 1700. Pronto se me distancia a mis espaldas. Avanzo por estrechas callecitas de edificios muy altos y encorvados. Debido a la peculiar inclinación hacia adelante de la planta baja y de la de los demás pisos cada vez más atrás, sus frentes corridos y de color indefinido muéstranse con una comba bien pronunciada en su parte inferior atenuada al tomar altura, lo que da idea, a veces sólo aparente, de equilibrio riesgosamente inestable, de inminencia de derrumbe, de senectud extrema, de algo que está próximo al fin.

He llegado a pensar que ello bien puede ser una de las causas, por cierto complejísimas de ese enternecimiento, de esa melancólica ternura que a todos los posesiona cuando a su vista el alma siente impulsos de acudir como en un intento de defenderlas contra lo irremediable. Sí, un cariño muy especial, muy sutil se nos despierta allí. Muy hondo y puro. Que nos levanta como secretas melodías. Es que el amor va en pos de la compasión. Cuando no nos llega primero el amor y es éste, entonces, quien hace asomar a aquélla. En ambos casos se ligan, ya. No se ha dicho : « Amar es compadecer y tanto más se compadece cuanto más se ama ? »

A poco, entre las vetustas mansiones surge la iglesia de Saint-Severin como rosa en un jardín abandonado. Se puede apreciar que es toda la gama de las sensaciones, de los sentimientos, de las emisiones más delicadas y más íntimas las que se nos conjugan en un trayecto de apenas dos o tres centenares de metros. Parece que al llegar allí, manos ingravidas empezaran a pulsar nuestras fibras más escondidas hasta provocar la vibración del hueso mismo. Saint Severin hace experimentas ideas de acogimiento muy, muy singulares. Porque ella trae, se advierte, hasta para favorecer una devoción laica, como la mía; hasta para sostener e intensificar el ruego secreto dirigido, como el mío, precisa, directamente y en exclusivo al corazón del hombre.

Y algo se agrega, todavía. Bajo la soledad gris de sus ojivas — por contraste con algunos arcos de medio punto del plan primitivo más ligeras, aéreas, encantadoras, como incitado por su manso silencio, el espíritu se entrega a evocaciones crecientemente internas.

Oh sí!, por las mismas callejuelas momentos antes cruzadas, aún con los mismos nombres, muchas de ellas, dejando de ser por un momento « un alma desdeñosa », acudía aquí Dante a arrodillarse y a orar. Como si un león bajara la cabeza para acariciar con ella. Y aquí, Alberto el Grande, Tomás de Aquino, Petrarca, Villon, Rabelais ...

Además es bellísima Saint Severin. Y muy aleccionadora para quien busca apreciar estilos. En ella se sigue la evolución del gótico desde sus tanteos iniciales hasta el flamígero que la domina y del cual es en París la obra maestra. Es bella y, también, misteriosa. He llevale los ojos hasta sus menos accesibles rincones. Deslizándome en la semioscuridad de las capillas me he detenido muchas veces ante una caja de vidrio. A su través, con los rútilos en latín de tinta ya desvanecida, varios trozos de huesos humanos. Parte de un fémur de Santa Ursula, dos pedazos, también de fémur, de Maxilimiano mártir, otro hueso, que no se clasifica y la inscripción esta borrada, de Mariano mártir ...

Tenemos idea demasiado espectacular de la santidad y el heroísmo. Ello nos inhibe, concientes de nuestra menguada índole, siquiera de su emulación con el deseo, tan fuera de nuestro plano de posibilidades, nos resultan santos y héroes. Pero estos mismos huesos corroidos si parecen despertar energías insospechadas al modesto corazón que palpita entre nuestros

también míseros huesos.

Con la idea de que no he de volver ya nunca más aquí, no tiene paz mi afán de como abrazarlo todo, no sé si en signo de despedida o en instintivo movimiento de retención. Empujado por esta causa, casi pude llegar, casi, al sitio donde debe de quedar tal vez algún vestigio de la Cave Saint Severin que mencionan viejas crónicas y que parecería estar en la hoy segunda sacristía. Furtivo como un delincuente había ya transpuesto el umbral de ésta, cierta tarde, cuando el rumor de unos pasos me hizo retroceder más que ligero, temeroso de que mi curiosidad no pudiese justificarse. Fue allí, donde, tapiada para siempre la puerta — en las iglesias medievales se dieron muchos, muchos casos — voluntariamente quedó encerrada para siempre, en un estrecho cuarto con sólo un abertura destinada a recibir el alimento, esa mujer, de la que apenas si se conoce el nombre : Dame Flore, y la fecha de su muerte : 11 de abril de 1380?... Varias tardes me fue posible introducirme en el patio, de acceso prohibido, que separa la iglesia del moderno presbiterio.

Y llegué al claustro con su pared de carneros — únicos que quedan en París — y pasé cuidando de no denunciarme, bajo sus bóvedas estupendas.

Sí, es bellísima Saint Severin y también, misteriosa. Y no sólo por dentro. Con hondo recogimiento la he circundado lentamente tantas veces. Contemplándola a toda luz, y casi a oscuras, y envuelta en brumas, y — entonces casi irreal — bajo la nieve. Noches hay en que, al igual a los demás monumentos importantes, la encienden como la emanación de un fulgor lila. En ocasiones, la he dejado ya a veinte metros de mí, he tornado.





CAPITULO VI

Apenas se deja *St Severin* aparece la pequeña *St Julien le Pauvre*. Si está abierta, nunca paso de largo. El tiempo aquí es mío. No soy su esclavo. Entro siempre.

Mas antigua que *St Severin* y que *Cluny*, la tuvieron ya para su devoción las gentes del París del siglo XII. Su aspecto exterior resulta más que insignificante. Es tan chica! Las varias veces centenarias casas que la rodean por tres lados, algunas hoy defendidas del derrumbe por una trabazón de puntales de ocho y diez metros, son mucho más altas. No tiene arbotantes. Le bastan sus contrafuertes, aunque ellos no pudieron evitar que hace trescientos años la fachada y algo de la nave amenazaran venirse abajo. La restauraron entonces, sacándole esa parte. Así quedó muy corta. Y afeada con el frente triangular de galpón, por el que sustituyeron el primitivo hermoso.

Recordando los templos que pueblan París, representaseme siempre una reunión de cardenales, de obispos como en estuches de oro y piedras finas dentro de sus casullas, con graves padres, con predicadores elocuentes y hasta con novicias de mirar semejante al que fluye acá y allá en cada miniatura, — pienso en la *Sainte Chapelle* — y entre ellos me surge un anacoreta, — *St Julien le Pauvre* — el rostro y las manos ennegrecidas por el sol y por la tierra, raído el manto los pies desnudos ciego a todo lo circundante, lúcido sólo a lo que no se ve.

Es que este *St Julien*, tan como agachado en el quartier parece abstraído en una idea fija. Cerca, *Notre-Dame* con el clamor de sus torres labradas y de sus arbotantes maravillosos atrae indudablemente hacia sí a prosternarse, a inclinar la cabeza. *St Severin* casi al lado, hasta hace unos años hacía poner serio, quieras que no al caminante, con una inscripción a la entrada del pasaje de acceso a los carneros :

Passant, penses-tu passer par ce passage

Où, pensant, j'ai passé.

Si tu n'y penses pas passant, tu n'es pas sage ;

Car, en n'y pensant pas, tu te verras passé.

Pasante, piensas pasar por este pasaje — donde, pensando, he pasado yo ? — Si en esto no piensas, pasante, no eres prudente ; — porque, no pensando en esto te verás pasado.

Este pequeño templo, no. El no llama, no previene, no reprocha. Así, aunque pase rozando sus muros, el pecador ni siquiera se acuerda de sus faltas.

Será debido a eso que merodean tantos « *clochards* » por sus inmediaciones ? Hay uno de estos, especialmente, que se suele sentar o se tiende, no más en el portal, desaprensivo como un angel cualquiera. Lleva todos sus bartulos en un cochecito de niño con llantas de goma. Nada del engorro del bolso a cuestras todo el día, ya que su domicilio sólo tiene techo : uno de los puentes del Sena, en verano, y, en invierno, sólo piso la rejillas de los cálidos respiraderos del Metro. El ha solucionado el problema. Entre los bichicomos del barrio es una especie de potentado. A veces el sol se allega a su cara dormida y le pone rubias las blancas barbas hirsutas. Le he visto entonces entreabrir los ojos y, en lugar de darse vuelta, cerrarlos de nuevo, sonreír ... Con la sonrisa del pequeño ser que descansó en el coche mucho antes de la botella de vino, un par de zapatos ya inverosímiles, pedazos de pan y varios misteriosos envoltorios.

Personificando a *St Julien*, he dado en pensar que lo ha perdonado todo. O que, molestado, contrariado, acaso decididamente muy fastidiado de lo mal que nos portamos, ha cerrado él también los ojos. Sonreirá, asimismo, en ocasiones ? Ah ! yo he llegado a admitirlo. Por sorpresa así me lo hizo sospechar un día. Estaba cubierto de nieve. Y de todo él resplandecía una dorada luz esa que aparece a veces en los labios de los niños aun muy niños dormidos ; esa que he visto hecha tenue aleteo de mariposa sobre un punto fijo de la maraña de pelos del « *clochard* » de párpados bajos que confiadamente se le suele recostar o tender cuan largo es.



CAPITULO VII

Nunca paso por *Saint Julien le Pauvre* sin entrar. Sus capiteles, todos son célebres. Especialmente el de las arpias con las colas desplegadas. Y encanta ese juego de sus arcadas que en la parte posterior de la nave oculta el inonostacio del rito católico hecha por tallistas de Damasco. Es muy hermosa, sobre todo cuando, ciertas noches, ilumina sus cinco grandes lampadarios y sus lamparillas rojas igualmente pendientes de largas cadenas de bronce.

Es directamente de ella, que por una pequeña puerta lateral, penetro al *Square Viviani*, un jardincillo antiguo patio de la iglesia desde donde se ofrece una de las vistas más encomiadas de *Notre Dame*. Hay unos pocos tilos, una acacia muy vieja. A ésta la resquebrajó una bomba en la guerra del 14. Pero el gobierno reunió — no era para menos — a los botánicos más eminentes de Francia. Y hoy, sostenida por gruesas vigas, el grueso tronco se mantiene como cuando tenía 60 o 70 años, es decir como hace 300

Porque fue plantada en 1601.

Cierta noche, ya casi las once, de regreso por la orilla del Sena, al cruzar el quai, advertí un movimiento de puntos luminosos dentro del *Square*.

Más oscuro exprofeso que nunca, después lo comprendí, ellos resaltaban ardientes y trémulos. Apuré el paso. Me llegaron cánticos. De dos en dos iban surgiendo más llamitas de la puerta lateral de la iglesia; de allí por donde tantas veces inclinándome para no dar con la cabeza en el dintel, yo he pasado al jardín inocente. La reja que a éste cerca se tranca al anochecer. Fue por exo, con pocas esperanzas de penetrar en él, que empujé un punto de la baranda. Pero cedio.

En la parte más alta, pues el *Square* presenta pronunciado declive hacia el río, se agrupaba un enjambre de flámulas. El hálito dorado entre las ramas bajas de los tilos, evidenciaba rostros extáticos de pupilas fijas, con solo en movimiento de los labios al articular, un cántico asordinado, vaguísimo, como si aquel a quien se dirigía estuviese con sólo adelantar su cirio una de aquellas manos.

Más que absorbidos todos en lo que estaban, nadie reparó en mí. Yo me situé a prudente distancia. Atrás tenía la acacia que me ensimismó tantas veces. Sobre todo al distinguírle en su gris casi negro el riente verde de las primeras hojas más de 300 veces en él renacidas. A la altura de mi codo, permitiéndome de cuando en cuando encontrar apoyo, una de las piedras labradas, de origen desconocido, que como ornamento ilustre salpican el jardín. Tienen ellas, algunas bastante grandes, el sello del gótico en sus morduras, en sus pedazos de ojivas, en sus flores rotas.

Saint Julien le Pauvre seguía entregando de su costado hacia el aire negro, parejas de velas delgadísimas. Debilitándose la llamita descendía por el aire su tenue claridad, evidenciaba un poco la mano que la sostenía y ya el antebrazo se borraba en la semipenumbra. O, bien pudiera, también decirse, de los brazos a oscuras íbase despertando cierta coloración indecisa, que de un como rosado se hacía cada vez más blanca subiendo por la cera, para dorarse, dorarse hasta darle nacimiento a la estrellita de oro de su cima.

De pronto, de color dorado pálido, pálido como el verde y como el blanco de los sacerdotes que lo rodeaban, la cuadrada barba, bien de azabache, hasta el pecho, de muy alto gorro cubierto de paño que se posaba en pliegues cuidadosamente simétricos sobre los hombros, se adelantó bajo las ramas el párroco del culto markita de París. Entre cinco rosas rojas, apenas si sobresalía de sus manos, estrechadas un breve candelabro.

De éste, en delgadísimas guías, tres cirios encendidos surgían.

Distinguí una pequeña mesa. Estaba cubierta con terciopelo blanco. En su centro, entre rosas también rojas como de un coágulo de sangre, emergía la forma de plata del Crucificado.

Quedaron agrupadas hasta 200 personas en torno al altarcillo, cada cual con su luminaria, única claridad en el *Square*. Al mismo tiempo, desde apenas treinta metros, el quai me llegaba a los ojos como chorro incesante, con los faros de los autos. Más altos, y apenas un poco atras de él, hasta perderse a lo lejos a derecha e izquierda, los faroles de apagado destello casi lunar con que París ilumina su tránsito, y que allí van marcando el curso invisible del Sena. A escasos 130 metros, siempre fosforescente, el plano de *Notre-Dame*, expuesta como un joyel, así, algunas noches.

Sobre la complejidad de sensaciones comenzó a dominar el canto en mi espíritu. Cubierto por la intensidad de la bóveda con el brillo de la luna y sin ni siquiera el punto de una estrella, al corto resplandor de los cirios que volvían metálica el envés verde luz de primavera de las primeras hojas, fue

única en mi conciencia la elevación de una sola voz hecha cien voces. Ella no rogaba, no imploraba, nada temía. Expresión de fe absoluta, más allá de toda necesidad, de toda incertidumbre, aquel cantar era como un mirar tan sólo. Era como una tranquila contemplación arrobadora. Callar, ahora, callar equivaldría a cerrar los ojos.

Aunque nadie reparaba en mí, empecé a sentirme intruso : extraño a todo aquello como la piedra gótica en que me apoyaba, como el césped en que se hundían mis pies, como el árbol, casi cuatro veces centenario, que tocaba, como el follaje de los tilos, rozándome la frente, al despertarse con alguna racha. Todavía como aquella corriente de foco luminoso del tráfico ininterrumpido que paralelamente al Sena, deslizábase mucho más velozmente que sus aguas a lo largo del quai.

Removedora, incómoda sensación ! Todo aquello insólito, me iba pareciendo lo natural. Y yo, allí, una especie de aparecido, de fantasma. E igualmente la acacia, los tilos, las piedras, los raudos automóviles, así me parecían ser. Vivientes éstos, y yo con ellos, de un mundo ilusorio : el mundo mío, sin embargo, de lo lógico, de lo racional.

Sin que cesaran los cánticos, el párroco giró y se adelantó hacia la puerta lateral, seguido por todos, cirios en alto. Al desaparecer la última llama, el lugar acentuó su tiniebla. Salí del *Square* hacia la calle. Hechos maravillosa caja de resonancias, vibraban como vivas las piedras de *Saint Julien*.

Tomé la *rue de Saint Severin*, que en menos de 150 metros hace cinco eses pronunciadas.

Al llegar al cruce de la *rue de la Harpe*, me detuve. Un « *clochard* » el que bien conozco, cruzaba hacia el Sena tras su cochecito de niño.



NOTAS

1. Carlos MARTINEZ MORENO, « *Imagen múltiple de Francisco Espínola. Texto Crítico* (2), Centro de Investigaciones Lingüístico Literarias, Facultad de Humanidades, Universidad Veracruzana. 1975 (P. 12).

2. En el prólogo que Espínola hace a Eduardo Acevedo Díaz (*Ismael*, Buenos Aires : Ed. Jackson, 1945), señala que su madre le cantaba una vidalita que decía : « Lamas y Saravia/Vidalitay/y Acevedo Díaz/son los tres amores/de la patria mía ... ».

3. En el discurso pronunciado en ocasión de su afiliación al P.C.U. resume la trayectoria en común : « Por Sandino, contra la dictadura del año 33, a favor de la República Española, contra el fascismo y el nazismo posterior, contra el antisemitismo, por la causa aliada en la Segunda Guerra Mundial, contra la invasión de Guatemala, y después, claro está, hasta estos días, en defensa de la Cuba Socialista y del heroico pueblo del Vietnam. » « Palabras de Francisco Espínola », *El Popular*, 1971.

4. Nos referimos a un pasaje del discurso citado anteriormente. Espínola recuerda un personaje de « Sombras sobre la tierra » que expresa el sufrimiento de no poder separarse de los partidos tradicionales, diciendo : « ... es que no se trata de abandonar vivos ; se trata en nosotros, de abandonar muertos, nuestros muertos !... ».

5. Francisco ESPINOLA. « *Emociones de Paris* ». *El País*. 3.1.59.

6. Francisco ESPINOLA, « *Emociones de Paris* », op. cit.

7. Francisco ESPINOLA, *Carta a Espinosa*, 25.11.58, Archivo Espínola de la Biblioteca Nacional del Uruguay.

8. Francisco ESPINOLA, « *Emociones de Paris* », op. cit.

9. Francisco ESPINOLA, « *Emociones de Paris* », op. cit.

10. Rodolfo TALICE, « *Cuentos, confidencias y confesiones* », ARCA, Montevideo, 13.10.69. Prólogo de Espínola. En este prólogo Espínola señala que su amistad con R. Tálce se hizo más profunda gracias al mutuo amor que ambos sentían por Francia y cómo, desde Montevideo evocaban los "bistrots" ... incrustados en pétreas mansiones centenarias, donde personas más que lamentables por lo mal puestas y, algunas, tal vez por sus costumbres poco edificantes, nos daban ejemplos de exquisita gentileza y, asimismo, nos hacían apreciar, con emoción idéntica a la de Gautier, que

« Ils sentent le cœur de la France
Battre sous ses pauvres habits. »

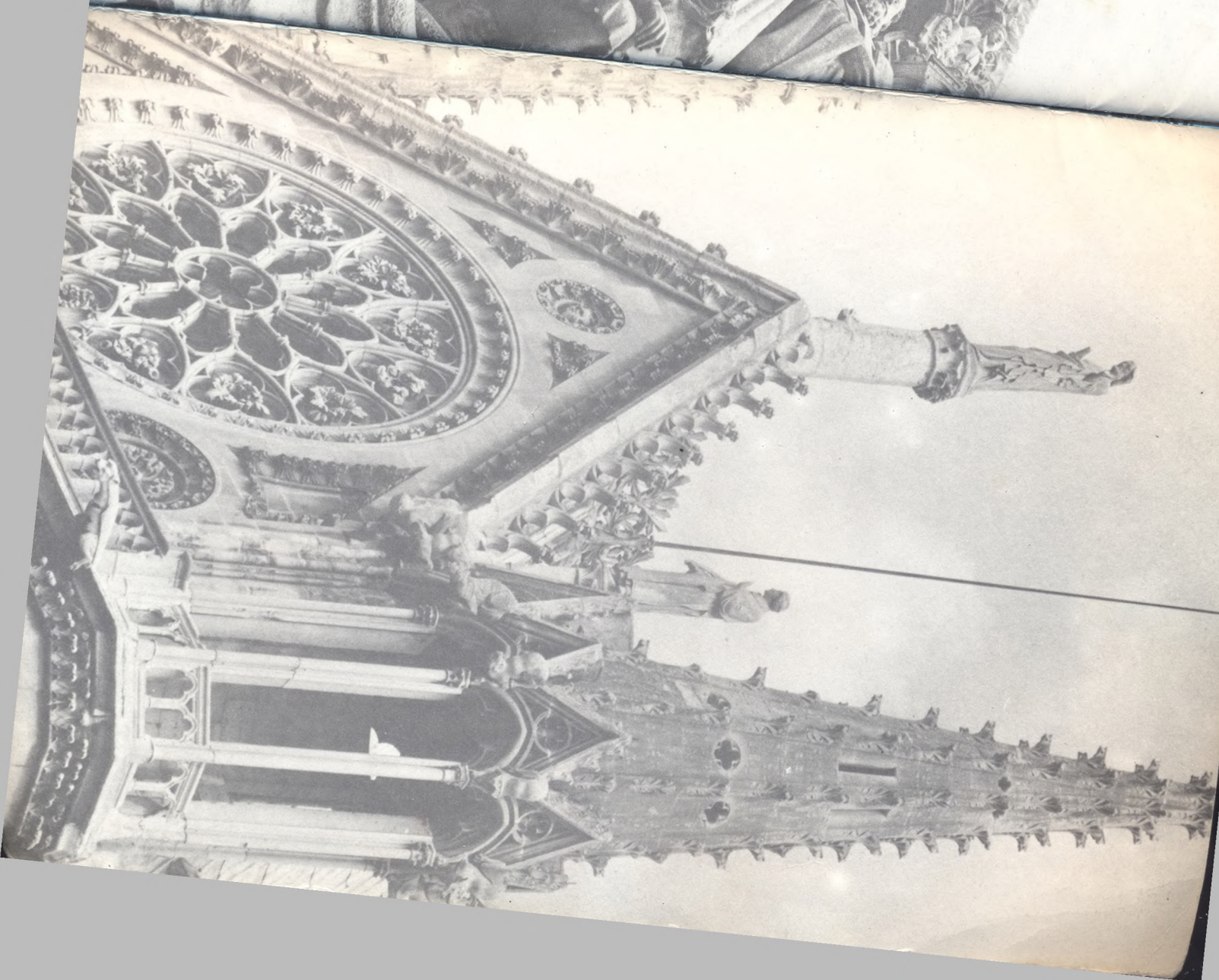
11. Francisco ESPINOLA, *Carta a Espinosa*, 2.11.58, Archivo de la Biblioteca Nacional del Uruguay.
12. Francisco ESPINOLA, *Discurso de San José*, 5.10.1957.
13. Francisco ESPINOLA, *Discurso ante la Junta Departamental de Montevideo*, 6.9.62.
«Y me acerqué hacia los más humildes, hacia los más imperfectos, hacia los más ciegos; a los que eran más desgraciados que los otros y que yo mismo».
14. Francisco ESPINOLA, *Carta a Espinosa*, 25.11.58, op. cit.
16. Francisco ESPINOLA, *Carta a Espinosa*, 17.6.59, Archivo Espínola de la Biblioteca Nacional del Uruguay.
17. Francisco ESPINOLA, *Carta a Espinosa*, 2.7.59, Archivo Espínola de la Biblioteca Nacional del Uruguay.

I N D I C E

PROLOGO.....	Pagina 3
Capitulo I	Pagina 9
Capitulo II	Pagina 13
Capitulo III	Pagina 15
Capitulo IV	Pagina 19
Capitulo V	Pagina 23
Capitulo VI	Pagina 27
Capitulo VII	Pagina 29
Notas	Pagina 33

Expresamos nuestro agradecimiento a todos
aquellos que han permitido la salida de esta obra

PARIS SETIEMBRE DE 1984





TRABAJOS DEL EXILIO